



Auden, Spender e Isherwood. ESTATE OF CHRISTOPHER ISHERWOOD. REPRODUCIDA CON PERMISO DE DON BACHARD Y HUNTINGTON LIBRARY, SAN MARINO, CALIFORNIA

NA
RRA
TIVA

Conviene recordar que Isherwood nació en una mansión británica del siglo XV bajo el nombre de Christopher William Bradshaw-Isherwood allá por 1904 para entender en lo posible su huida de aquella Inglaterra agobiante y dispuesta siempre a mirar desde detrás de los visillos. Y debe tenerse en cuenta que la relación con su madre fue compleja pues ella representaba lo que Isherwood precisamente quería olvidar... pero no del todo. En esa tensión entre el ímpetu por estar donde había que estar, siempre lejos, y el vértigo de romper para siempre las amarras con los tuyos es donde radica la importancia de la correspondencia que envió el escritor a su madre y que bajo el título *Kathleen y Christopher. Las cartas de Isherwood a su madre* publica la editorial Alpha Decay a partir del 13 de mayo.

Es relevante lo que dice o deja de decir Isherwood en los cinco años que abarca el libro, desde comienzos de 1935 a finales de 1939, porque por allí desfilan otros dos escritores de edad y talento semejantes que contaron como pocos el espíritu de la década de los 30. Ahí están en la foto, jóvenes y desafiantes, desenfadados y con cierta arrogancia,

juntos pero no revueltos, semejantes y distintos: W.H. Auden, Stephen Spender y Christopher Isherwood.

Con Auden ya había coincidido en el colegio, volverán a verse en Portugal, viajarán juntos por China (aquel periplo lo contarán en *Viaje a una guerra*) y se irán a hacer las Américas cuando Hitler era más que una amenaza. Incluso escribieron obras de teatro a cuatro manos (*El perro bajo la piel* (1935), *El despegue del F6* (1936) y *En la frontera* (1938)). Auden aparece una y otra vez en estas cartas, pero también otros personajes, como Graham

ISHERWOOD

El frenesí de buscar, mirar, reír y escribir

Se publican las cartas que el autor de 'Adiós a Berlín' envió a su madre entre 1935 y 1939, claves para entender su obra

POR MANUEL LLORENTE

Greene, primo de Isherwood, que no sale bien parado, pues a raíz de la muerte del rey Jorge VI escribió un artículo en el *Daily Mail* de «una hipocresía repugnante. Lo más digno que podemos hacer los que somos incapaces de inclinarnos sinceramente hasta el suelo de dolor es mantener la boca cerrada. Creo que, cuando un escritor como Graham, que ha escrito un libro como *Campo de batalla*, se aviene a escribir semejante basura insincera, lo que hace es insultar a la familia real y a todo aquel que siente realmente el duelo».

Las cartas a su madre son

reveladoras también porque durante su estancia en los abiertos y divertidos años de la República de Weimar quemó sus escritos más íntimos por comprometedores. De aquéllo queda su libro más popular *Adiós a Berlín*, que Bob Fosse llevó al cine a su modo con el título de *Cabaret* (1972), con la pizpireta Liza Minelli como protagonista. La película ganó ocho Oscar (entre ellos mejor director y Minelli como mejor actriz; frente estaba *El Padrino*, que se llevó sólo tres)

A su madre Christopher Isherwood le pide dinero, le confiesa que escribe o no tanto como quisiera, le comenta que ha conocido a alguien que «pinta los distintos colores de la quinta sinfonía de Beethoven» o quiere que le envíe libros de Balzac («Es de lo más lamentable que no haya una edición de las obras completas de Balzac en inglés») (...) «está gustándome mucho: ¡él sabría apreciar *El señor Norris*», novela del propio Isherwood).

El tono es cariñoso (se suele despedir con un «te quiere, C.») y tanto se habla del surrealismo («El gran error que comete la gente con el surrealismo es querer entenderlo. Un sueño extraño no tenemos que entenderlo para apreciarlo») con comentarios más pedestres («¿Querías preguntar al banco cómo está mi cuenta?») o cuestiones políticas sobre la Guerra Civil

española. La carta del 8 de noviembre de 1936 que el escritor envía a su madre desde Bruselas es relevante: «Gracias por la postal y por los recortes de prensa. No tengo muchas novedades. El libro avanza, la lluvia cae y se acerca la hora en la que el *Daily Mail* tendrá que reconocer que con apoyar a Franco lo que hacía era entregar el imperio británico a Mussolini (...) ¿Sabías que el papa mandó que taparan las partes pudendas de los personajes de los frescos que pintó Miguel Ángel en el Vaticano?».

Christopher Isherwood es, según las fotos que ilustran el libro, un joven que luce el hoyuelo de la belleza, flequillo lateral a la manera de José Oneto, pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta, pantalones con dobladillo y a veces sonríe tocado con sombrero, que contrasta con la boina de por su entonces novio Henz, que tiene además el puente de la nariz partido por una pelea

de niño. Que éste sea alemán le traerá muchos sinsabores pues su país le reclama a filas y sus papeles no están en regla. Es un muchacho rudo que adora las gallinas y está empeñado en montar una granja cuando viven en Sintra. Heinz, y Christopher, esperan desesperadamente un pasaporte mexicano para el mozalbete que no llega. Tras ser juzgado, se le condenará a seis meses de cárcel, un año de trabajos forzados y dos años de servicio militar. Reveles domésticos que Isherwood lleva mal, por los que sufre, pero que no le impiden escribir.

En París verá la película *Sabotaje*, cruza otra vez el estrecho de Calais, se va con Auden a China, en coche, tren y barco («diez días sin tocar tierra»), Vancouver, Dover, Bruselas, Heinz no le escribe pero Isherwood le envía dinero y regalos, un artículo para *Harper's Bazaar*, «No te he preguntado por lo de tus dientes, ¿verdad, mamá?», todo deprisa deprisa,

Auden camino de España («Querido Christopher: me voy a España a principios de enero a conducir ambulancias o a combatir, espero que lo primero»), la urgencia por poner mar entre medias y vivir en EEUU, las críticas por su supuesto pacifismo.

La vida de Isherwood vibra,

se acelera y se detiene al ritmo de aquellos años frenéticos. Será en Estados Unidos donde encuentre cierto sosiego. Es 1939. Hasta allí han zarpado Isherwood y Auden. Hoteles, apartamentos, las cartas de su madre llegan con retraso, visita a Thomas Mann («Estuvo muy agradable, igual que su esposa. Y Erika y Klaus [dos de sus hijos] estaban también»). Y literatura. Por fin Random House publica *Adiós a Berlín*: «Espero que vaya bien. Aunque el género novelístico funciona muy mal en el mercado americano. La media de ventas es mucho más baja que en Inglaterra, aunque los superventas y los guiones de cine se pagan estupendamente (...) Pero hay mucha crueldad en la actitud que adoptan los editores con las viejas glorias. La radio casi no puede escucharse, por las constantes interrupciones publicitarias».

Más desengaños («A Hitler no le parará otra guerra»), cada vez se siente «más decididamente pacifista», «Yo quisiera escribir novelas, novelas de verdad, pero a lo mejor soy incapaz. Puede que haya llegado al límite de mi talento. No me sale. No sé construir una historia» (26 de marzo). Y Conoce a Ford Maddox Ford («¡Cuesta ver en él al seductor fatal que ha destrozado tantas vidas!»). Cruza EEUU con el ansia de un *beatnik*, con la sed de un Jack Kerouac, se arroba con el desierto. Por fin Los Ángeles. Sol y yoga. Más confesiones: «El error de los comunistas es creer que la gente se volverá automáticamente perfecta cuando cambie el sistema social». Viajes a México. La relajación de haber llegado a una tierra si no prometida al menos afable: «He dejado de odiar, o casi». «Mi escritura sigue atascada. Sé que te he hecho infeliz muchas veces». Una hora de meditación diaria.

KATHLEEN Y CHRISTOPHER C. ISHERWOOD
Traducción: J. M. Salmerón Arjona
Alpha Decay. 215 págs. 21,90 euros

Picnic con Aldous Huxley, Greta Garbo («Es muy boba, graciosa y simpática, está terriblemente aislada»), Bertrand Russell y Krishnamurti. Sigue trabajando para la Metro Goldwyn Mayer. Tiene un despacho, una secretaria y dos teléfonos, según relata en la carta del 27 de noviembre de 1939. Tiene 35 años.

Christopher Isherwood vivirá hasta el 4 de enero de 1988. Morirá, de un cáncer de próstata, a los 81 años. En Santa Mónica.